

dos por la primera falange. Los compañeros oyeron el grito y corrieron en su auxilio.

—¿Qué ha sucedido, Rambert?

—No es nada—dijo.—¿Dónde está mi gorra? Voy á la consulta del hospital. ¡El cirujano me arreglará esto!

—Los dedos están destrozados.....

—Sí—replicó Rambert.—Buen modo de empezar el mes de Diciembre. Adiós, amigos míos; pronto volveré.

En el hospital le hicieron esperar.

Había muchos enfermos, ancianos que se quejaban, otros que tosían y ocultaban sus llagas, y otros imposibilitados y á los que era preciso llevar en unas parihuelas.

Ninguno se preocupaba del vecino. Aquellos seres, temblando á causa de la fiebre ó aniquilados por sus males, se hubieran abofeteado con cualquiera por conservar su turno. Rambert miraba su mano que continuaba sangrando y contemplaba aquella carne de un rojo vivo y aquellos despojos que se destacaban de las rudas falanges de sus dedos negrecidos por el trabajo.

—¡Con tal que pueda continuar ganando el pan para Santiago!—se decía.

El médico que pasaba la consulta dijo alegre-

mente, viendo los triturados dedos de Rambert:

—¡Ah! ¿conque no estaba usted enfermo? ¿Le ha cogido á usted la mano un engranaje?

Era un buen hombre que curaba admirablemente á sus enfermos cantando el estribillo de moda y hablando jovialmente de las ocurrencias del día.

—¿Qué es preciso hacer con esto?—dijo Rambert friamente.

—Hay que cortarlo—respondió el doctor.

—Bien.

—La primera falange está desprendida y el hueso de la segunda está roto. Veán ustedes, señores, en este caso sí que hay precisión de operar—dijo el cirujano á sus discípulos.

—Una vez hecha la operación, ¿podré trabajar pronto?—continuó Rambert.

—¡Oh! ya veremos.

El pobre hombre experimentó una terrible sensación.

¿Se quedaría inútil?

—En fin, puesto que es preciso hacerlo, hágalo usted. Pero consérveme todo lo que sea posible de estos dos dedos. ¡Mis manos son mi pan!

—Lo haré como si se tratase de mí mismo—respondió el médico cogiendo un bisturí.

Mientras le hacían la operación, Noel Rambert permaneció en pie, contemplando desde la ventana el pálido cielo y una ramita de abeto que temblaba medio marchita y enrojecida por las heladas.

—Ya está—dijo el cirujano;—pero no se ponga usted á trabajar pronto, buen mozo. ¡Hay que tener mucho cuidado!

Rambert cogió su gorra, dió las gracias y se fué de nuevo al taller. Pero por la tarde tuvo fiebre y se le hinchó el brazo. Le obligaron á acostarse. Al otro día y los siguientes la fiebre continuó. Inactivo entonces, en su cuarto del boulevard del Hospital, y con el niño que también estaba un poco enfermo, su imaginación no cesaba de pensar; se le hacía *mala sangre*, como se dice vulgarmente. Aquel hombre acostumbrado al trabajo, viéndose solo y condenado á la inacción—pues su trabajo en el taller exigía un ejercicio bastante grande—sentía aturdirse su cabeza y latir sus sienes. Tenía miedo de caer enfermo. Para él una enfermedad larga era la miseria. Volvió á casa del maestro. Faltaba obra y se había despedido por algún tiempo á varios trabajadores.

El encargado del taller le dijo:

—Mi pobre Rambert, es preciso esperar. Está usted comprendido entre los que se han despedido.

—Pero entonces, ¿qué voy á hacer?

—¿Qué harán los demás? Se pasearán.

—Está bien—dijo Rambert.

Fué á otras partes. Los talleres rebosaban de gente. Todos los dueños de ellos se excusaban: los tiempos estaban muy malos; sabían que era un hombre honrado y buen obrero, pero no había trabajo. «¡Ah—decía Rambert—esto parece mentira!» La última semana de Diciembre la pasó buscando trabajo. Tenía en el Monte de Piedad algún dinero, pero era muy poco. Sus compañeros no podían prestarle nada, porque también eran pobres. Así es que Rambert vivió aquel tiempo gastando sus ahorros, y acabó con la última moneda el último día del año.

Cuando despertó el día de año nuevo, se asomó á la ventana y vió el cielo gris, los tejados mojados y las fachadas tristes como los muros de una prisión.

Dirigió entonces su melancólica mirada á Santiaguito, que dormía, y fué grande su angustia al considerar que no tenía nada que darle de comer.

—¡Cuando despierte mi hijo pidiendo el aguinaldo, no podré darle ni un pedazo de pan! ¡Pobre Santiaguito!

Este fué su primer pensamiento.

Movía la cabeza en torno suyo como un animal

que olfatea. El hombre abrumado por la desgracia tiene actitudes de león forzado. En la miserable habitación no había nada que vender ni que se pudiera cambiar siquiera por pan. Rambert pensaba en el principio de año de otros tiempos. En cuando se despertaba con supersticiones simples que murmuraban bajito á su oído: es año nuevo; con él viene la esperanza. En cuando Marta estaba con él y posaba en sus labios un beso, cuyo perfume aun no se había disipado. Pero ¡qué lejano le parecía todo aquello! ¡Qué vanas eran aquellas quimeras, y qué terrible la realidad! «¡El día amanece, el año empieza, y tú no tienes nada!»—se decía.

¡Nada! Para el que sufre así, los días de fiesta y las horas de alegría no difieren de las otras más que por una ironía más atroz y un dolor más profundo, y Rambert se decía que estaría como un lobo en aquella habitación si permanecía en ella hasta la tarde. Pero ¿quién cuidaría del niño, si salía entonces? ¿No sería mejor buscar, andar á la aventura ó contar con la casualidad? Noel pensó en seguida en Marta. Ella podría, sin duda, alimentar al niño. Si hubiera sabido que Noel estaba tan ahogado por la miseria, hubiese corrido en su auxilio. Rambert no tenía más que hablar. ¡Ah, no, no! Más valía morir de hambre. La última

persona á quien se hubiera atrevido á implorar, hubiese sido á la querida de Gobergeau. ¡No estaba tampoco seguro de que se ocupase mucho de su hijo! Le había olvidado acaso por su amante. ¡Ah, qué miserables!

Como el niño dormía, Rambert se dijo que tal vez encontraría lo que buscaba—¡era tan poca cosa! el alimento de un día—antes que Santiago se despertase. Cogió su gorra, limpió sus vestidos con el revés de su manga derecha y procuraba abrir la puerta sin hacer ruido, cuando el niño se despertó al oír girar la cerradura, estiró sus bracitos, y frotándose los ojos dijo:

—¡Papá!

Rambert retrocedió, se acercó á la cama del niño, le cogió en sus brazos nerviosamente y le dió un beso en la boca teniéndole en el aire.

Santiaguito movía sus pequeños pies sonrosados, y riendo, dijo dulcemente:

—¡Papá, te deseo un buen año!

¡Un buen año!

El pobre Noel sintió llenarse sus ojos de lágrimas al oír aquellas palabras. Vistió á Santiaguito, y abrazándole, dijo: *sé bueno*; luego le bajó á casa del portero, que estaba barriendo el patio y esperando el aguinaldo.

—Hágame usted el favor de cuidar del niño hasta que vuelva—dijo Rambert;— tengo precisión de salir, pero volveré pronto.

—Vaya usted tranquilo, que ya le cuidaré bien. ¿Y la mano, cómo sigue, señor Rambert?

—La mano está bien, á Dios gracias; pero el trabajo es el que falta.

Rambert salió. Echó á andar maquinalmente y mirando á todas partes. Esperaba encontrar en el lodo algún portamonedas con dinero para comer.

Entretanto lo miraba todo y no separaba la vista de aquellos montones de vituallas, de aquel despilfarro de lujo y de alimentos, de lo que la lengua gálica, en su vigorosa acritud, llamaba con tanta propiedad los *atavíos de la gula*.

París sigue en ciertos días las teorías de Rabelais y ostenta por las calles su glotonería. Todo asegura en esos días la indigestión en este país de la manducatoria. Los montones de frutas y las cargas de caza aparecían por todas partes como las monedas de oro en los escaparates de los cambiantes. Rambert quería verlo todo y se detenía delante de todas las cosas con tristeza. Veía á las gentes en coche haciendo sus visitas, y á los cocheros que esperaban tiritando con las heladas bridas en las manos. Vislumbraba á través de algunas ven-

tanás las mesas preparadas. Todo el mundo esperaba y festejaba á algún pariente ó amigo. Humaradas calientes, cargadas de aromas, subían por los respiraderos de las cocinas. La cacerolas puestas en el fuego despedían el olor grasiento de los asados. Al pasar cerca de un cuartel, Rambert vió una mesa grandísima llena de canastillas de fruta y floreros de porcelana con flores: era la mesa de los oficiales. A poca distancia pasaban algunos soldados llevando el rancho. Un poco más lejos, y en medio de la acera, un tendero descargaba la caza; ánades de plumas verdes y negras, cortado el pescuezo, cuya ensangrentada punta se arrastra en el lodo; cuerdas de alondras, montones de perdices y liebres cuyo pelo amarillento levantaba el aire. En medio de toda aquella caza se veía un enorme jabalí de rudas cerdas colgado de las patas. Los transeúntes curiosos hundían el índice en el lomo del animal por el sitio en que había penetrado la bala.

Además había un montón de pasas, hermosas granadas y manzanas y frutas de España y de América.

—¡Ah!—se decía Rambert;—¡no todos se quedarán hoy en ayunas en París!

Se consumía al considerar los estúpidos resultados de aquella salida; pero esperaba encontrar

entre aquella gente un amigo ó una mano bienhechora que le sacase de tan terrible situación.

Las horas pasaban en vano.

Mientras fué de día, el desgraciado esperó. No quería volver á su casa sin llevar alguna cosa; creía que á la vuelta de la calle inmediata encontraría..... ¿Qué había de encontrar? No lo sabía. Tanto desvarió había en sus esperanzas, como sonambulismo en su marcha.

Andaba como un hombre ebrio por entre aquellas gentes vestidas con los trajes de los días de fiesta, y que reían sin motivo, interrumpiendo en su marcha á los demás transeuntes.

Su aislamiento parece mayor al desgraciado cuando se encuentra entre la muchedumbre.

El ruido que ésta produce le parece una terrible ironía que le hace apretar los puños con rabia y llenársele los ojos de lágrimas.

Sólo en el vacío hogar puede uno entregarse á su dolor, olvidar un momento, atontarse con la fijeza de una sola idea, y permanecer allí absorto é inerte en tanto que pasa el tiempo, que no se mide. Es á veces preferible la cárcel, cuando uno sufre tanto y cuando tiene sed de amarga soledad. Chocarse con todas las alegres indiferencias, tropezar con los brillantes esplendores de una in-

mensa alegría y pasar con su tristeza por entre aquellas gentes tan dichosas, es la asfixia del que se ahoga, la sumersión del ser en la inmensa mar de la gente en día de alegría pública.

La noche se acercaba, y caía una lluvia menuda como escarcha, que calaba los vestidos y convertía en lodo la helada nieve de los últimos días. Los transeuntes aligeraban el paso, y mientras que las tiendas encendían las luces, extendiendo á las húmedas aceras los rojos reflejos de sus escaparates, Noel se decía, viendo á todos aquellos desconocidos que regresaban á su casa, á la vivienda suntuosa ó á la boardilla de algunos metros cuadrados, que ocupaban en la gran ciudad:

—Esos, van á celebrar el año entrante y á comer á su gusto.

Y pensaba en el pobre Santiaguito que le estaba esperando. Entonces apresuraba el paso, sentíase furioso y presentaba á la lluvia su ardorosa frente, en la que el frecuente latir de las arterias indicaba la fiebre. Las gotas de agua se mezclaban con el sudor de sus sienes. Levantó sus irritados ojos, y miró con irónica sonrisa aquel horizonte inclemente, aquel cielo sin esperanza, en que corrían grandes y sombrías nubes semejantes á corrientes de tinta.

—Estamos bien—dijo con desesperación— muy bien. Esta noche no cenaremos.

Sentía sus pantalones llenos de lodo sonar pesadamente en los desgastados tacones de sus botas; sus piernas se entumecían; hinchadas y con las venas varicosas, hacían su marcha pesada y difícil y le obligaban á detenerse de cuando en cuando con los músculos fatigados.

Hubiera deseado caer en la calle y reventar allí como un perro. Se metía á propósito en los charcos de agua sucia y se llenaba de lodo. En aquella exasperada marcha la dieta le producía alucinaciones. Oía alegres ruidos de trompetas y de música de bailes públicos que resonaban en sus oídos como silbidos de gitanos. En aquel momento recorría las desiertas y sombrías calles del Entrepôt y del Jardín de Plantas. Con la mano izquierda apoyada en los húmedos y helados parapetos, caminaba dejando correr su palma á lo largo de la piedra y con los ojos instintivamente fijos en el agua del río que corría lentamente desarrollándose con majestad monótona, como se despliega un sudario amarillo, obscuro y sucio.

Aquella corriente de siniestros remolinos semejantes á anillos de serpientes atraía y tentaba al pobre hombre, que se decía:

—En su fondo está el fin de todos los sufrimientos.

Llegó al puente que da paso al boulevard del Hospital, y se detuvo. El antepecho no era muy alto. Con poco trabajo podía subirse al borde y desde allí desaparecer bruscamente de un salto. ¿Quién oiría el ruido de un cuerpo al caer al agua, en aquel inmenso torbellino de carruajes, de gritos de cocheros, de chasquidos de látigos, del ruido que producen las ruedas y los relinchos de los caballos? ¿Quién podría advertir la agonía de un desgraciado en aquel crepúsculo malsano y sombrío? ¿Quién se preocuparía de aquel desconocido?

Rambert miraba con dilatadas pupilas la silueta de París, que destacaba en el nublado cielo las torres de Notre Dame, agujereando las plateadas tintas de las nubes, y la isla de la Cité que avanza en el río como un enorme cetáceo.

Le parecía en su extravío que aquel conjunto de piedras se aumentaba y caía sobre él, y que los barcos amarrados en la ribera lanzaban por sus redondas linternas luces opacas de un verde pálido que le magnetizaban. La debilidad, el vacío del cerebro y el enervamiento lleno de rabia del pobre hombre se traducían en una irresistible tentación y un vehemente deseo de morir. En su dema-

crada fisonomía se observaba una sonrisa pasajera, la sonrisa del niño glotón á quien fascina lo que desea. Rambert sonreía al suicidio, y se decía:

—Dormir ahí dentro, ahogarse, perderse, desaparecer, acabar de sufrir; ¡qué hermosa perspectiva!....

El desgraciado se hubiera arrojado al río, de seguro, si la imagen suplicante de su hijo no se hubiese presentado de pronto ante él.

Rambert se enderezó, secó su frente, y moviendo la cabeza, dijo:

—¡Pobrecito! ¿quién le cuidaría si yo faltase?

Entonces experimentó la imperiosa necesidad de volver á ver á su hijo y de abrazarle. Le parecía que habían transcurrido diez años desde que le había dejado. Cuando regresó á su casa y vió á Santiaguito jugando con otro niño de la vecindad, le estrechó fuertemente y le preguntó:

—¿Me quieres mucho, hijo mío?

—¡Mucho, papá!

Y después de haberle abrazado, le dijo:

—¿No sabías que te esperaba? Quiero comer. ¡Tengo tanto apetito!

—¿No has comido nada?

—No, papá.

—¡Ah!—dijo Rambert sordamente.—¿No te ha ha dado nada el portero?

—Yo no he pedido nada—dijo el niño.—Como no estaba en *nuestra casa*....

—¡Nuestra casa!—replicó Noel cerrando los puños y pensando en aquel cuarto vacío y frío, en aquella cueva á que llamaban *nuestra casa*.

—¡Ah!—decía;—no es posible que no encuentre nada. ¡Ven, hijo mío!

Le cogió en sus brazos y desapareció del boulevard del Hospital con su carga. Era completamente de noche. Por los claros de las casas que daban frente á la Salpêtrière, París, el inmenso París se extendía sombrío, espantoso y sembrado de luces, como coloso reposando, cuya respiración subía hacia el negro cielo como una nube caliente y roja.

El Pantheon dibujaba en la noche su redonda cúpula sobre aquel montón de casas negras en que se amaba, se reía y se comía.

—¿Habrá alguien más desgraciado que yo ahí dentro?—pensaba Rambert. ¡Quién sabe! ¡A veces existen sufrimientos mucho más atroces que los que uno experimenta!

El niño le decía muy contento:

—Mira, papa, Moulineau no ha querido darme

un soldado de plomo..... ¿Verdad que tú me vas á comprar juguetes?

—¡Sí, sí!—respondió bruscamente Noel.

Cuando llegó á los boulevares, bajó al niño al suelo y le hizo andar; estaba rendido.

El angelito caminaba á su lado enseñando la sonrosada carne de sus pies por los destrozados zapatos, y con la cabecita vuelta hacia las tiendas, tendiendo su brazo hacia aquellas seductoras cosas que veía, y que devoraba con sus ojitos. Rambert le veía abrir y cerrar la mano como si fuera á coger algo, y le oía repetir con gritos nerviosos y casi exigentes:

—¡Soldados, un teatro, un juego de bolos, bombones y pasteles! ¡Oh papá! ¡cómprame! ¡cómprame eso, querido papá!

Aquella palabra: *cómprame*, partía el corazón á Rambert.

Sentíase herido en el pecho por aquella orden, por aquella súplica del pobre niño. No le respondía directamente; pero le agarraba fuertemente y con voz sorda le decía:

—Santiaguito, no mires eso.

—¡Me haces daño, papá!—gritaba el niño.

—¿Yo?—dijo Rambert asustado—¿En dónde?

—En la mano: me aprietas tanto.....

El desgraciado tenía entre sus dedos la mano de su hijo, y sin saberlo, y en una crispación nerviosa, la apretaba como un tornillo.

—¡Qué imbécil soy!—dijo el padre.—Pobrecito mío, ha sido sin querer.

Le cogió otra vez en brazos, y cubriéndole de besos le dijo:

—¡Qué daño te he hecho! Abrázame, hijo mío, y perdóname.

—Y ahora me picas—respondió el niño, separando el rudo rostro del mecánico, cuya dura barba parecía un cepillo.—Pero te querré mucho si me das eso. ¡Mira!

Y entonces el brazo del niño señalaba en una tienda un polichinela, reclinado en medio de una multitud de muñecas como un bajá en un serrallo. Era grande y estaba vestido de encarnado y con un gran sombrero guarnecido de pelús sobre su peluca de algodón blanco como la nieve. Los ojos de Santiaguito se salían de sus órbitas al verle; sus manos se crispaban, y hasta olvidaba que tenía hambre.

El niño daba gritos histéricos que parecían carcajadas, y decía:

—¡Quiero eso! ¡lo quiero! ¡Cómprame, papá!

Noel tenía en los ojos lágrimas de rabia. Apre-

29841

suraba el paso, huía como un ladrón, buscaba los rincones más oscuros de aquellos boulevares llenos de luces, y cuando pasaba por delante de los escaparates atestados de juguetes é iluminados por el gas, y por las confiterías, ponía su callosa mano en los negros ojos del niño para impedir que viera aquellas cosas, y no podía reprimir los furiosos sollozos que le ahogaban. Entonces sentía la dulce cabecita, la satinada piel de Santiaguito deslizándose en su mano, y que sus labios acariciaban sus nudosos dedos, y oía que su voz, antes exigente, le decía entonces conmovida:

—¿Lloras? ¿Por qué, papá? ¿Estás como yo, verdad? ¿Tienes hambre? ¡Oh! también yo tengo mucha. ¿Vamos á comer pronto?

—¡Esto es demasiado!—exclamaba Rambert.—
¡No puedo sufrir ya tanto!

No contestó una palabra, y se dirigió á una calle un poco más sombría, y una vez allí, jadeante y extraviado, estrechó á su hijo contra su pecho y esperó á que pasase el primer transeunte. Era preciso tener dinero, porque su hijo tenía hambre.

Cuando vió aproximarse á un caballero con un paletot forrado de astrakán y un paquete de bombones en la mano, entonando una canción de

Strauss, Rambert se quitó bruscamente la gorra, y con voz, más que de súplica, de amenaza, le dijo:

—Quiero dinero para comprar pan.

El caballero se detuvo y retrocedió unos pasos.

—¿Qué pide usted?—preguntó.

—Mi hijo tiene hambre, señor; yo no pido nada; yo.....

Rambert parecía dar una orden mientras balbuceaba aquellas palabras. Sus febriles ojos expresaban su resolución y su cólera.

El hombre del paquete de bombones le echó una moneda de plata en la gorra, y encogiéndose de hombros se alejó, entonando de nuevo su canción.

Rambert hubiera deseado expresarle su gratitud y preguntarle su nombre para devolverle un día lo que acababa de darle.

Pero el caballero había entrado en una de las casas vecinas, y Noel permaneció allí, inmóvil como una estatua y con los ojos fijos, diciendo:

—¡He mendigado!

—¡Bien! ¿Y quién tiene la culpa?—continuó—
poniéndose de nuevo la gorra.

El transeunte le había dado cinco pesetas; una fortuna para el desgraciado. Rambert contemplaba aquella moneda como si fuese un niño. La mi-

raba por los dos lados y la hacía saltar en su mano.

—¡Ah! ¿conque tienes hambre, hijo mío? Pues bien; ya vas á comer, á celebrar el año entrante y á tener tu aguinaldo. ¡Sería una lástima que tú fueras el único que no tuvieses regalitos en este día! Vamos á comer los dos.

Entró en una taberna y pidió medio pollo y un bizcocho borracho. El niño devoró alegremente ambas cosas, llenándose de grasa la boquita y las sonrosadas mejillas. Rambert, al verle, olvidaba todo lo que había sufrido.

—¿No comes, papá?—decía el niño.

—¡No; no tengo apetito!

Y sin embargo, sólo había tomado un poco de agua con vino.

Cuando salió de allí, aun le quedaba algún dinero.

—Papá, yo desearía tener un soldado de dulce.

—Bien; te compraré el soldado.

Le parecía á Noel que tenía una fortuna. Cuando regresaron al boulevard del Hospital, el niño se había quedado dormido en sus brazos chupando el morrion de su granadero.

Rambert le acostó en un destrozado jergón, le cubrió con una manta vieja y volvió á salir, diciendo al portero con aire extraño:

—¡Voy á desayunarme!..... A las once de la noche, ya es hora, ¿no es cierto?

Noel Rambert iba á gastar en aguardiente el poco dinero que le quedaba.

Tenía frío y estaba aniquilado. Pensó que el alcohol le daría un poco de vigor.

El portero llamó la atención á un inquilino que entraba, sobre el aspecto de trastorno que tenía Rambert.

—La verdad es que tiene un aspecto raro—dijo el otro.

—Diga usted más bien siniestro—respondió el portero.— Ese hombre debe tener vicios ocultos: aquí nos deja á su hijo y se marcha como un loco (usted le ha visto), y además no da aguinaldo.

II.

En Beaujon.

Noel huía de su casa impulsado por la necesidad de sacudir el cansancio que se apoderaba de él y el terrible entorpecimiento que le embargaba. Le causaba miedo encontrarse frente á frente de su hijo. Quería correr aún, como si aquella furia